

embarcamos en Amsterdam, donde volví á embarcarme muy pronto para Inglaterra. ¡Qué gusto recibí al ver mi pátria amada despues de una ausencia de cinco años! Fuíme derecho á Redriff, donde encontré á mi mujer y á mis hijos, todos con buena salud, ansiando abrazarme: yo les prometí no volverme á embarcar.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

VIAJES DE GULLIVER.

CUARTA PARTE.

VIAJE AL PAIS DE LOS HOUYHNNMS.

CAPITULO PRIMERO.

El autor vuelve á emprender otro viaje de capitan de navío. Su tripulacion se subleva, le encierra, le aprisiona y despues le pone en tierra sobre una costá desconocida. Descripción de los yahous. Dos houghnhms se le presentan.

Cinco meses pasé dulcemente con mi mujer y mis hijos, en cuyo tiempo me hubiera creído feliz si me hubiese hallado en estado de conocerlo; pero me estimulaba demasiado este insaciable deseo de viajar, á que no pude resistirme, viéndome lisonjeado del honorífico título de capitan de la *Aventura*, navío mercante de trescientas toneladas, que por mi desgracia me ofrecieron. Estaba perfectamente instruido en la navegacion, y cansado ya del subalterno cargo de cirujano: bien que no quise abandonar la

profesion, por si alguna vez me veía en precision de ejercerla, como en efecto sucedió, y así me contenté con llevar á mi lado un jóven cirujano. Me despedí de mi infeliz mujer, que estaba á la ocasion embarazada, y embarcándome en Portsmout, dí velas el 2 de agosto de 1710.

Las enfermedades disminuyeron en la ruta mi tripulacion, y viéndome obligado á hacer recluta en las Barbadas é islas de Leeward, donde los comerciantes de quienes dependia me habian mandado anclar, me hallé muy presto arrepentido de un reemplazo, cuya mayor parte se componia de bandidos que habian sido accinadores. Estos pervirtieron á los demás, y todos juntos maquinaron apoderarse de mí y del navio. Sorprendiéndome una mañana en mi camarote, me maniataron y me amenazaron con arrojarme al mar si hacia la menor resistencia. Fué preciso confesarles que mi suerte estaba en sus manos, que podian hacer de mí lo que quisiesen, y de este modo conseguí que me quitasen las prisiones, bajo palabra de honor, dejándome solo un pié atado á la armadura de la cama, con centinela de vista, á quien dieron órden de matarme si advertia alguna tentativa para escaparme, y pasaron á continuar su proyecto. La idea era ejercer la piratería con el

navio; pero no tuvieron por suficiente su tripulacion, y resolvieron vender el cargamento, dirigiéndose á Madagascar para hacer gente. Entretanto yo permanecia preso en mi camarote, esperando con zozobra la suerte que me preparaban.

El 9 de mayo de 1711, un tal Jacobo Welch entró á decirme que tenia órden de su capitan para ponerme en tierra; quise detenerle y preguntarle á quién llamaba su capitan, mas todo fué inútil. Al fin me permitieron recojer mi ropa, dejándome el sable y algun dinero que tenia en las faltriqueras, que por política no me registraron y me pusieron en la chalupa. Anduvimos como una legua, y me depositaron sobre la costa. Preguntéles qué país era aquel, y todos á una voz me respondieron: «En verdad que no lo sabemos: vuestra ignorancia es la nuestra; pero guardáos no os sorprenda la marea: adios;» y la chalupa se alejó en el instante.

Dejé las arenas para buscar alguna altura donde sentarme á meditar qué partido tomaria, y despues de haberme reposado un poco, me interné en el país, resuelto á entregarme al primer salvaje que encontrase y ver si podia rescatar mi vida por algunas sortijitas, brazaletes y otras bagatelas de que siempre van pro-

vistos los viajeros, y yo llevaba una cierta porcion en los bolsillos.

Descubrí grandes árboles, vastas praderas y campos en que crecía la avena por todas partes. Caminaba siempre con precaucion para no ser sorprendido ó herido de algun flechazo, y llegando á un espacioso camino, donde advertí bastantes pisadas de hombres y caballos, y algunas otras de vacas, vi en un campo inmediato un copioso rebaño de animales, dos de ellos encaramados sobre los árboles. Su figura me pareció extraña, y habiéndose acercado unos cuantos, me escondí detrás de una mata para observarlos mejor.

Una gran cabellera les caía sobre la frente; su pecho, espalda y patas delanteras estaban cubiertas de espeso pelo; tenían barbas como los cabrones, pero en el resto del cuerpo no tenían pelo, y descubrian una piel muy morena. Tampoco tenían cola. Usaban de diferentes posturas, ya sentándose sobre la yerba, ya echándose, ya poniéndose en dos piés. Saltaban, brincaban, y con el auxilio de sus feroces uñas trepaban por los árboles como ardillas. Las hembras se distinguían por sus enormes tetas, que tal vez arrastraban; eran algo más pequeñas que los machos, tenían la cabellera más hermo-

sa, y apenas algun poco de bello en ciertos parajes de su cuerpo. Los habia de varios colores: morenos, rojos, negros y castaños. Finalmente, jamás ví en todos mis viajes animal más feo y desagradable.

Habiéndolos examinado á mi satisfaccion, seguí aquel camino ancho con la esperanza de que me condujese á alguna barraca de indios; pero enmedio de él me detuvo uno de dichos animales, haciéndome mil gestos, como extrañando mi figura. Fué á ponerme una mano encima, y yo, tirando del sable, le pegué de plano para no herirle, temeroso de que acudiese el dueño; sin embargo, el animal se irritó tanto de verse castigado, que á sus clamores vinieron más de cuarenta de ellos, haciéndome las muecas más horribles. Tuve que acogerme á un árbol que me guardase las espaldas mientras me defendía con mi sable por delante, y aún así tuvieron la avilantez de subir al mismo árbol y llenarme todo de basura, echando á huir inmediatamente.

Continué mi camino bastante admirado de su precipitada huida, sin motivo en la apariencia, hasta que volviendo la cabeza á la izquierda ví pasearse con mucha gravedad por un prado un hermoso caballo, que era el que los

habia ahuyentado. El animal se acercó á mí, paróse, dió algunos pasos hácia atrás y se quedó mirándome con singular atencion; despues me observó igualmente por todos lados, dando algunas vueltas, y al ir á proseguir mi marcha me detuvo, no con violencia, sinó de un modo muy comedido. Al cabo de un rato que estuvimos observándonos mútuamente quise acariciarle pasándole la mano por el cuello, silbando y hablándole, como suelen hacer nuestros palafreneros; pero el soberbio animal, desdeñando el cumplimento, arrugó la frente, levantó con fiereza una mano y me hizo retirar la mia demasiado familiar. Al mismo tiempo principió á relinchar con acentos tan variados, que yo llegué á sospechar que hablaba algun lenguaje propio, con sentido acomodado á la variedad de sus relinchos.

Entretanto llegó otro caballo, saludó al primero con mucha cortesania, se hicieron sus cumplimientos recíprocos y siguieron relinchando de mil modos, que parecian formar sonidos articulados. Apartáronse un poco, como para tratar alguna cosa reservada, y de cuando en cuando iban y venian paseándose con mucha gravedad, sin diferencia de dos personas que conferencian sobre un negocio interesante,

pero sin perderme de vista, por si intentaba escaparme.

Absorto de ver á unas bestias portarse de esta manera, me decia yo á mí mismo: pues los brutos en este país tienen tanta razon, es preciso que los hombres sean racionales en sumo grado; y esta reflexion me dió tanto aliento, que resolví internarme hasta descubrir alguna aldea ó casa donde poder encontrar algun habitante, dejando á los dos caballos que tratasen cuanto quisiesen en buena compañía. Uno de ellos (que era tordillo) advirtió que me iba, y relinchando trás mí de un modo tan expresivo que me hizo conocer su intencion, volví á encontrarle, procurando disimular mi turbacion, propia del caso; pues, como puede discurrir el lector, ¡qué sabia yo en qué vendria á parar todo esto!

Cogiéndome en medio, estuvieron observando otro corto rato mi cara y manos, al parecer muy complacidos de la delicadez de mi cutis, especialmente el tordillo, que me asió la mano derecha para acariciarla, y me la apretó tanto entre el casco y la ranilla, que no pude menos de quejarme á gritos, lo cual me atrajo nuevos halagos llenos de amistad y ternura. Manifestaron grande admiracion de los faldones de mi casaca y del sombrero; pero lo que les dió

más que hacer, fueron mis medias y zapatos; les pasaban la mano por encima, haciendo mil visajes, al modo de un filósofo que pretende explicar algún fenómeno.

Noté cosas tan racionales y juiciosas en aquellos animales, que los tuve por encantadores que se hubiesen trasformado en caballos con algún fin particular, y que habiendo visto á un extranjero en el camino, ó bien porque les hubiese chocado mi figura, aire y vestido, habian querido entretenerse un rato á mi costa. Esto fué lo que me animó á tomarme la libertad de hablarles en los siguientes términos: Señores caballos, si sois encantadores, como me haceis sospechar, debeis entender todas las lenguas; así, pues, me honro de deciros en la mia que soy un pobre inglés, que he tenido la desgracia de encallar en estas costas, y os ruego, si entretanto sois perfectos caballos, me permitais montar sobre cualquiera de vosotros para poder buscar alguna aldea ó casa donde recogerme, admitiendo en recompensa este cuchillito y este brazalete.

Los dos animales estaban atentos á mi discurso, y cuando acabé principiaron á relinchar alternativamente, vuelto el uno hácia el otro. Entonces conocí claramente que sus relinchos

eran significativos, y encerraban vocablos de que quizá pudiera componerse muy bien un abecedario tan fácil como el de los chinos.

Repitieron frecuentemente la palabra *yahou*, cuyo sonido distinguí, aunque no pude encontrar la significacion por más que lo procuré, mientras estaban en su conferencia. Concluida ésta, pronuncié en alta voz *yahou, yahou*, tratando de imitarlos, cosa que les pasmó extraordinariamente, no obstante que notaban imperfeccion, porque el tordillo volvió á repetirla dos veces, como para enseñarme á pronunciarla bien. Tomé la leccion, acomodándome en lo posible á su modo, y creo que, aunque distante de la perfeccion, no dejé de hacer algun progreso. El otro caballo (que era bayo) quiso, á mi entender, enseñarme otro vocablo mucho más difícil que, reducido á la ortografía inglesa, puede expresarse así: *Houyhnhnm*. No aproveché tanto ni tan rápidamente en esta segunda leccion; pero despues de varios ensayos, la aprendí aún mejor; de suerte que, á lo que juzgo, ellos quedaron satisfechos de mi inteligencia.

Volvieron á conversar otro poco (sin duda acerca de esto), y con la misma ceremonia que se habian juntado, se despidieron. El bayo me hizo seña de que marchase delante de él, como

lo ejecuté, pareciéndome conveniente obedecer mientras encontraba otra compañía mejor; mas viendo que caminaba poco, me relinchó *hhuum*, *hhuum*. Conoció su intencion, y dándole á entender que iba muy cansado, se paró movido de caridad para que descansase.

CAPITULO II.

Llevan al autor á casa de un *houyhnhm*. De qué manera le reciben. Cual era el alimento de los *houyhnhms*. Dificultad de encontrarle para sí el autor.

Habiendo caminado cerca de tres millas, llegamos á una casa de madera muy baja, cubierta de pajas, á cuya vista principié á sacar de mis faltriqueras los cortos presentes que destinaba para ser bien recibido de sus moradores. El caballo me hizo entrar delante en una gran sala muy limpia, pero sin otro adorno que un pesebre y una gamella. Vi tres caballos enteros con dos yeguas sentados en cuclillas sin comer, y entrando á este tiempo el tordillo dando magistrales relinchos, atravesamos juntos otras

dos salas al mismo piso. En la última me hizo seña de que aguardase mi introductor, mientras pasaba él á otra inmediata, ceremonia que me surtió una grande idea de la dignidad de su amo, en medio de que no podia persuadirme que una persona de calidad se sirviese de caballos para pajes. Llegué á sospechar que mis pasadas desdichas me habian turbado el juicio y que estaba loco; miraba atentamente á todas partes, examinaba la antecámara, que á corta diferencia estaba amueblada como la otra pieza, me desgarraba los ojos á escudriñar prolijamente cuanto me cercaba, y siempre veia una misma cosa. Me pelliqué los brazos, me mordí los labios, me dí papiotes en la frente por si aquello era sueño, y como siempre hallaba los mismos objetos, decidí ser todo diablura y una mágica muy fina.

Volvió á buscarme el tordillo, me hizo seña de entrar con él en otra sala y me presentó á una hermosa yegua, que tenia á su lado un potro y una potranquita muy graciosa, todos sentados con mucha modestia sobre una estera tan fina como aseada. La yegua se levantó luego que entré á recibirme; miró con atencion mi cara y manos, y volviéndome desdeñosa la espalda, relinchó repetidamente *yahou*, *yahou*.

No tardé en comprender el funesto sentido de esta voz por mi desgracia, pues el caballo introductor, haciendo seña de que le siguiese y gritando *hhum, hhum*, me condujo á un trascorral, donde habia otro edificio algo separado de la casa, y en él lo primero que hirió mis ojos fueron tres de aquellos perversos animales, cuya descripción he hecho más arriba, atados por el cuello, desgarrando entre sus dientes y uñas pedazos de carne de jumento, perro y vaca (segun me informé despues) y algunas raíces.

El caballo amo mandó á una pequeña haca, lacayo suyo, que desatase al más grande de ellos para cotejarle conmigo, y entonces fué cuando conocí la significacion de *yahou*, nombre que daban aquellos mónstruos, por las repetidas veces que los nombró en el acto; pero, ¡cuál fué mi sorpresa y horror al ver en una fiera todas las facciones y figura de un hombre! Solo sí noté la diferencia de que su cara era larga y plana, la nariz quebrantada y la boca muy grande; y aún esto es comun á todas las naciones salvajes, porque las madres los paren con la cara contra el suelo, y los llevan á la espalda golpeando siempre en ella las narices. Sus manos estaban armadas de unas grandes uñas, y su piel era morena, áspera y cubierta de pelo. Respecto

á los piés habia la misma diferencia, que favorecida de las medias y zapatos habia parecido mucho mayor á los señores caballos, cuando en realidad apenas habia alguna, como en todo lo demás del cuerpo, exceptuando el color y el pelo.

Como quiera que fuese, ellos la encontraban baste grande, porque creian que mi ropa era mi piel natural y una parte de mi sustancia propia, bien diferente de la de sus *yahous*. La haca lacayo me presentó una raíz que tenia entre su casco y la ranilla, la cual tomé por no hacerla desaire, la llevé á la boca y se la volví; ella, poco satisfecha de mi aprecio, fué corriendo al establo de los *yahous* y me trajo un pedazo de carne de jumento; pero ya nõ me atreví siquiera á cogerla, dándola á entender como pude que me hacia daño al estómago y entonces se la echó á un *yahou*, que sin hacerse rogar le devoró con gran delicia. Viendo que el alimento de los *yahous* no me hacia gracia, me ofreció del suyo, que era avena y heno, para mí igualmente inútil; y por último, aburrída de no saber qué darme, quiso demostrármelo de un modo tan expresivo como natural llevando una mano á la boca, á que contesté sin fruto alguno, porque ni pudo entenderme ni se hallaba con disposición para satisfacer mi apetito.

A la ocasion pasó una vaca, se la señalé con el dedo y la expliqué de un modo bastante claro mi deseo de ordeñarla; esto lo entendió mejor, mandando al instante á una yegua, criada de casa, que me abriese una sala, donde encontré gran porcion de barreños de leche con mucho aseo, me apliqué á uno de ellos y salí de mi apuro por esta vez.

Como á la hora de medio día paró á la puerta un coche ó carro tirado por cuatro *yahous*, y dentro un caballo viejo, al parecer personaje de primera gerarquía, que iba á visitar á mis huéspedes y á acompañarlos á comer. Recibieronle con mucha cortesanía y respeto, y pasando todos á la sala principal se colocaron estribados sobre haces de paja alrededor de una gran gamella circular con varias separaciones, semejante á una rueda de lagar de Normandía, en que les sirvieron primeramente paja y heno y después avena hervida con leche. Cada uno comía en su separacion correspondiente con mucha decencia y comodidad; el potro y potrancueta, señoritos de la casa, estaban al lado de sus padres, por quienes eran asistidos con particular interés. Yo tambien fui de mesa, habiéndome mandado el tordillo que me sentase junto á él, y aún sospecho que habló largamen-

te de mí con su amigo, porque me miraba á menudo y repetía la palabra *yahou*.

A esto se agregó la novedad de haberme puesto casualmente los guantes, y como notaba la diferencia de mis manos, no sabia de qué modo explicar su confusion y deseo de volverlas á ver como antes, hasta que me las desnudé grangeándome por la docilidad el afecto de toda la tertulia que á competencia se empeñó en perfeccionarme en su idioma, especialmente en los nombres de la avena, leche, fuego, agua y otros de primera necesidad que ya entendia, pero no sabia pronunciarlos, y desde entonces me apliqué á retenerlos en la memoria, valiéndome como nunca de esta admirable disposicion que la Naturaleza me ha dado para aprender todas lenguas.

Concluida la comida, el caballo amo me llamó aparte y por señas acompañadas de algunas palabras me insinuó su pesadumbre de ver que no comía ni encontraba cosa que me gustase. *Hlunnh* en su lengua significa la avena, y aunque al principio no me acomodé, después reflexioné que mezclándola con leche podia proporcionarme un plato regular para mi sustento, mientras encontraba la ocasion de escaparme á buscar á los de mi especie. Pronuncié esta pa-

labra dos ó tres veces, y al momento dió orden á otra criada, que era una yegua blanca bastante graciosa, de que me trajese una porcion de avena en un plato de madera. La hice tostar, como se pudo, la estregué para quitarla la cáscara, la limpié, la molí entre dos piedras y amasé tortas, que recién cocidas y remojadas en leche fueron mi alimento.

Al principio confieso que para mí era un manjar bastante insípido, aunque en algunos parajes de Europa sea de un uso comun; pero con el tiempo me acostumbré á él, y como estaba enseñado á trabajos no fué esta la primera vez que experimenté cuán poco es menester para contentar las necesidades de la Naturaleza, y que el cuerpo se habitúa á todo, debiendo notar aquí tambien que mientras residí en aquel país no tuve la menor alteracion en mi salud. De cuando en cuando salia á cazar pájaros y conejos con lazos que armaba de pelos de *yahou*; otras veces cogia yerbas y las cocia ó hacia ensalada, y para extraordinario batia manteca. Lo que sí echaba menos en los primeros dias era la sal hasta que me acostumbré á escusarla, tanto que me costó trabajo volver á ella cuando dejé aquel país, y ahora conozco que su uso es un efecto de nuestra intemperan-

cia introducido solamente para excitarnos á beber, siendo de notar que ningun animal sino es el hombre la mezcle en sus comidas.

Al anochecer mandó el caballo amo destinarme cuarto como á seis pasos de la casa, separado del cuartel de los *yahous*. Hice mi cama con unos haces de paja y los vestidos, y pasé la noche bastante bien, durmiendo con gran tranquilidad, aunque en adelante me fué todavía mejor, como se verá cuando trate de mi modo de vida en aquel país.

CAPITULO III.

El autor se aplica á perfeccionarse en la lengua, aprovechando las lecciones del *houyhnhm* su amo. Diferentes *houyhnhms* le visitan por curiosidad. Hace á su amo una breve relacion de sus viajes. Ideas de los *houyhnhms* acerca de la verdad y la mentira. Los discursos del autor son censurados por su amo.

Asombrados de ver en un bruto el manejo y todas las señales de un racional, no solo me miraban como prodigio, sino que merecí que á mi amo (este es el nombre que le daré de aquí en adelante), sus hijos y demás familia, deseando que me instruyese con perfeccion en su lengua,

se dedicaron á darme lecciones y yo á aprovechar en ellas. El modo era señalarles con el dedo la cosa cuyo nombre queria saber y la retenia en la memoria para escribirle despues cuando me hallaba solo en mi diario de viajes. Procuraba coger el acento escuchádoles con atencion y enseguida hacia mis ensayos; pero á no ser por la haca alazana de poco me hubiera servido.

Confieso que hallé su pronunciacion sumamente dificil, porque ellos hablan á un mismo tiempo con la nariz y la garganta, lengua nari-gutural muy parecida á la alemana, aunque sin comparacion mucho más graciosa y expresiva. Así decia el emperador Carlos V, habiendo hecho la misma observacion, que si hubiera de hablar á su caballo le hablaria en aleman.

Era tanta la impaciencia de mi amo por satisfacer su curiosidad con mi conversacion, que destinaba todo su tiempo libre á instruirme en los términos, frases y finuras de la lengua. El me tenia por *yahou*, segun confesó despues, pero mi compostura, docilidad y disposicion para aprender le encantaban en extremo; no pudiendo conciliar estas cualidades con las del *yahou*, animal grosero, puerco é indócil y como nunca me acostaba hasta que todos estaban

recogidos y por la mañana me encontraban siempre vestido, vivia en el concepto de que mi ropa era parte de mi cuerpo, lo cual acrecentaba su confusion. Por último, á vista de los progresos que de dia en dia iba haciendo en la inteligencia y pronunciacion del idioma, se prometia saber muy presto de qué pais procedia, cómo y cuándo habia adquirido esta especie de razon que me distinguia, y todo el resto de mi historia. Para ayudar en algo á mi memoria iba formando un abecedario de los vocablos que aprendia, poniendo por bajo su significacion en inglés. Al principio me reservaba de su vista; pero pasado algun tiempo no tuve reparo en escribir delante de mi amo, ni él pudo comprender lo que hacia, porque los *houyhnhms* no tienen la menor idea de lo que es escritura.

Al cabo de diez semanas entendia ya muchas de sus preguntas, y tres meses despues me hallé suficientemente instruido para poder contestarles. Viéndome mi amo en estado de poder seguir una conversacion, me preguntó entre otras cosas de qué pais venia y como habia aprendido á remedar al animal racional no siendo más que un *yahou*, pues aunque estos *yahous* á quienes os semejaís en la cara y en las manos (añadió), no dejan de tener algun vizlumbre de conocimien-

to con astucia y malicia, carecen absolutamente de esa comprension y docilidad. Mi respuesta fué que venia de muy lejos, que habia atravesado los mares con otros muchos de mi especie en un gran edificio de madera hasta llegar á aquellas costas, donde me habian abandonado; pero tuve que acompañar todo esto de mil señas y acciones para hacerme entender. Mi amo me replicó que era preciso me hubiese equivocado, que habia dicho la cosa que no era, queriendo darme á entender que mentia, pues los houyhnhms no tienen en su lengua palabra que exprese la mentira ó la falsedad y le repugnaba que hubiese tierra de la otra parte de las aguas como que un vil rebaño de animales fuese capaz de conducir á su voluntad sobre este elemento un edificio de madera tan grande. Apenas (decia él) un houyhnhnm podria hacer otro tanto, y en tal caso no fíaria su direccion á los *yahous*.

Yo sabia que esta voz houyhnhnm, que en su lengua significa el caballo, traia su etimología de la perfeccion de la Naturaleza, y así no quise responderle más sinó que faltándome todavía expresiones, me reservaba para otro dia el darle parte de cosas que le pasmarían. Entonces exhortó á madama yegua, su esposa, á los señoritos potro y potranca sus hijos y á todos sus do-

mésticos á que concurriesen con celo constante á perfeccionarme en el idioma, y aun él mismo destinó dos ó tres horas diarias á esta ocupacion.

Eran continuas las visitas de caballos y yeguas de primera distincion, que informados de que en casa de mi amo habia un *yahou* prodigioso, que hablaba como un houyhnhnm, y en cuyas expresiones y modales se percibia algun vizlumbre de razon, acudian llenos de curiosidad; y como todos me preguntaban (con proporcion á mi talento), y me veía precisado á contestarles segun podia, todo esto contribuyó á instruirme y ejercitarme, de suerte que dentro de cinco meses no me quedó que aprender para explicarme como queria sobre la mayor parte de sus cosas.

Algunos de los concurrentes hallaban dificultad en creer que fuese un verdadero *yahou*, atendida la diferencia de mi piel, pues decian que solo se advertia semejanza en la que cubria mi cara y manos, aunque sin pelo. Solo mi amo sabia este secreto que un accidente ocurrido pocos dias antes me habia obligado á descubrirle, y hasta entonces habia podido ocultar por el temor de que me confundiesen con sus *yahous*.

Ya dije al lector que por las noches aguar-

daba á que todos estuviesen recogidos para desnudarme, y los vestidos me servian de cobertor. Una mañana envió mi amo á su lacayo alazan á buscarme muy temprano. Yo dormía descuidadamente, la ropa se habia caido y mi camisa estaba arrollada. Despertando con el ruido advertí su turbacion, y que se volvia sin evacuar la comision, verosimilmente á dar parte á el amo de lo que habia visto. Vestíme al instante para ir á dar los buenos dias á su honor (que es el tratamiento que ellos usan, como nosotros la excelencia, señoría ó reverendísima), y apenas entré me preguntó qué era lo que su lacayo habia visto en mí aquella mañana, pues le habia dicho que yo no era el mismo dormido que despierto, que tenia otra piel distinta.

A pesar de mis temores fué preciso descubrirle el misterio, que no podia llevar más adelante, porque además mis vestidos y zapatos se iban destruyendo, y veia próxima la necesidad de tener que recurrir á la piel de algun *yahou* ó de otro animal para reemplazarlos. Respondí á mi amo que en el país de donde procedia todos los de mi especie acostumbraban cubrir su cuerpo con el vellon de ciertos animales preparado con arte, ¡bien fuese por la honestidad y

decencia, ó bien por defenderse del rigor de las estaciones, y que estaba pronto á hacerle ver claramente esta verdad desnudándome á su presencia, con tal que me permitiese reservar lo que la Naturaleza nos prescribia. A esto no pudo ya disimular su sorpresa, y me replicó: ¿pues qué, la Naturaleza nos ha hecho efectivamente presentes vergonzosos, furtivos y criminales? Por lo que respecto á nosotros, nunca nos hemos avergonzado de sus dádivas, ni tenemos reparo en exponerlas á la luz; pero no quiero obligaros.

Me desnudé honestamente por satisfacer la curiosidad de su honor, que dió grandes muestras de admiracion al ver la configuracion de mi cuerpo. Despues fué examinando con igual atencion todos mis vestidos, cogiendo pieza por pieza entre su casco y la ranilla; y sin dejar de acariciarme y dar vueltas alrededor de mí, hasta que se creyó bien enterado. Entonces con mucha gravedad me dijo que estaba claro que era un verdadero *yahou*, que no me diferenciaba de todos los demás de mi especie sinó en tener las carnes menos duras y más blancas, la piel más suave, nada de pelo en la mayor parte de mi cuerpo, las garras más cortas, con alguna diferencia en su figura, y que afectaba an-

dar en dos piés. Que no queria ver más, que me vistiese, lo cual le agradecí infinito, porque ya principiaba á enfriarme.

Encarecí á su honor cuanto me mortificaba dándome sériamente el nombre de un animal tan infame y odioso; que me escusase tal ignominia, y tuviese á bien encargár lo mismo á su familia, criados y amigos; más todo fué en valde.

Tambien le supliqué la reserva del secreto de mis vestidos, por lo menos hasta que me viesse precisado á renovarlos, y que mandase á su lacayo alazan que no publicase lo que habia visto.

Me prometió el secreto, y con efecto, nada se supo hasta que me ví obligado á buscar de qué vestirme, como diré más adelante. Pero me volvió á encargár que me perfeccionase en la lengua, porque le pasmaba aún más el oírme hablar y razonar, que el verme blanco y sin pelo; que tenia un inexplicable deseo de saber de mí aquellas cosas admirables que le habia ofrecido. Esta codicia le hizo dedicarse cada día más á mi enseñanza, y para ejercitarme, principió á llevarme consigo á las tertulias, cuidando de que me tratasen con decencia y aprecio, con la idea (segun me declaró despues en

confianza), de suavizar mi humor y hacerme más agradable y divertido.

Tras cada leccion, siempre me preguntaba alguna cosa relativa á mi historia, y como procuraba contestarle con la expresion posible, él fué adquiriendo unas ideas generales, aunque imperfectas, de lo que habia ofrecido explicarle, y yo llegué al punto de poder seguir una conversacion séria y larga. Baste decir que la primera que tuvimos de esta clase fué tal cual voy á referir.

Dije á su honor que venia de un país muy distante, como ya habia pretendido darle á entender, con otros cuenta sobre corta diferencia de mis semejantes, que habíamos atravesado los mares en un navío, esto es, en un edificio construido de tablas; le describí como pude la forma del navío, y desplegando un pañuelo, le hice comprender de qué modo avanzábamos, por medio de las velas infladas del viento. Le dije tambien que con motivo de una pendencia suscitada entre nosotros me abandonaron los compañeros sobre la ribera en que me habia encontrado; que por el pronto me habia visto perplejo, sin saber qué país ocupaba, hasta que su honor tuvo la bondad de librarme de los villanos *yahous* que me perseguian. ¿Quién fué el

què construyó ese navio, me preguntó, y cómo fiaron su direccion los houyhnhnms de vuestro país á unos bestias? A esto le respondi que me era imposible satisfacer á su réplica ni continuar mi relacion, á menos que me empeñase su palabra y me prometiese sobre su honor y su conciencia no ofenderse de cuanto me oyese; que solo en estos términos podria seguir adelante, y manifestarle con sinceridad aquellas cosas admirables que habia ofrecido referirle.

Me aseguró con toda seriedad que no se resentiria de nada, y en esta confianza le declaró que el navio habia sido fabricado por criaturas semejantes á mí; que en mi país y en cuantas partes del mundo habia corrido, éramos los únicos animales dominantes y racionales; que cuando llegué allí, me habia sorprendido extremadamente el ver á los houyhnhnms manejarse como criaturas dotadas de razon, del mismo modo que él y todos sus amigos se manifestaban tan aturdidos de encontrar señales de esta razon en mí, llamándome por suantojo *yahou*, sin otra semejanza de aquellos viles animales que en la figura exterior, pero con grande diferencia en las cualidades del alma; y añadí que si algun dia me permitiese el cielo volver á mi pátria, y publicase en ella la relacion de mis

viajes, particularmente la residencia entre los houyhnhnms, todo el mundo exclamaria que decia la cosa que no era, que les contaban una historia fabulosa é impertinente, inventada por mi mismo. Y en fin, que á pesar de todo el respeto que le profesaba, como á su ilustre familia y amigos, me atrevia á decirle con seguridad que jamás creerian en mi país que un houyhnhm era un animal racional, y un *yahou* una bestia.

Mientras pronunciaba estas últimas expresiones parecia mi amo desasosegado, inquieto y como fuera de sí: dudar y no creer lo que se oye (decia), es una operacion del espíritu á que no están acostumbrados los houyhnhnms, y en una precision sale, por decirlo así, fuera de su asiento natural. Bien me acuerdo que, conferenciando un dia sobre las propiedades de la naturaleza humana, cual se experimenta en el resto del mundo, no podia concebir lo que significaban estas voces mentira y engaño, razonando de este modo: el uso de la palabra nos ha sido concedido para comunicarnos unos á otros nuestros pensamientos y para instruirnos de lo que ignoramos; decir la cosa que no es, no es obrar segun la intencion de la Naturaleza, es abusar de la palabra, hablar sin hablar, porque si hablar

es hacer entender lo que se piensa, cuando haceis aquello que se llama mentir, me haceis entender lo que no pensais, me decís lo que no es, en vez de decirme lo que es; luego no hablais entonces, sinó es abrir la boca para despedir unos sonidos vanos, y cuando esperaba salir de mi ignorancia, me la aumentais. Tal es la idea de los *houyhnhms* sobre la facultad de mentir, que poseemos los humanos en un grado tan perfecto y eminente.

Pero volviendo á nuestra conversacion pendiente, ¡cuál fué la sorpresa de mi amo al oír que los *yahous* eran en mi pátria los animales dominantes y maestros! Preguntóme si teníamos *houyhnhms*, y qué destino ú ocupacion les dábamos.

Le dije que teníamos un gran número de ellos; que en lo que duraba el verano pacian en los prados, y en entrando el invierno estaban recogidos en casa, al cuidado de ciertos *yahous* que los peinaban, les limpiaban la piel, les lavaban los piés y les daban de comer y de beber. Ya os entiendo, me contestó entonces; es decir, en suma, que aunque vuestros *yahous* blasonan de poseer alguna corta razon, los *houyhnhms* son siempre los amos como aquí. ¡Ojalá que nuestros *yahous* fuesen siquiera

tan dóciles y buenos criados! Pero continuad, que me dais gusto.

Volví á suplicar á su honor que me dispensase, porque no podia referir el resto sin faltar á las leyes de la prudencia, moderacion y buena politica. Quiero saberlo todo, me repitió; proseguí, y no temais que reciba pesadumbre. Pues así lo quereis, continué, á mí me toca obedecer. Los *houyhnhms*, que nosotros llamamos caballos, son unos animales muy hermosos y muy nobles, igualmente vigorosos que ligeros en la carrera. Los que están en casas de la primera distincion no tienen otra ocupacion que viajar, correr y tirar de carros triunfales, muy cuidados y estimados mientras son jóvenes y se mantienen sanos; pero en empezando á envejecerse ó enfermar de los piés, son desechados y vendidos á *yahous*, que los dedican á trabajos penosos, duros, bajos y vergonzosos hasta que mueren. Entonces los desuellan para aprovechar la piel, y los abandonan á las aves de rapina, perros, lobos y otros animales que los devoran. Tal es en mi país la suerte de los más bellos y nobles *houyhnhms*. No son tan felices en su juventud los que caen en manos de labradores, carreteros, caleseros y otras gentes semejantes, que les hacen trabajar mucho, mas sin

estar tan bien mantenidos, y enseguida describí á su honor nuestro modo de caminar á caballo con todo el equipaje de un caballero, explicándole como pude la brida, la silla, las espuelas, el látigo, los arneses de los caballos de tiro, ya fuesen destinados á un coche ó á un carro, y terminé mi relacion con la costumbre de clavarles en el asiento de los piés una plancha de cierta sustancia muy dura que llamábamos hierro, con el fin de conservarles el casco y evitar que se rompiese en los caminos pedregosos.

Indignado ya del modo brutal con que tratábamos á nuestros houyhnhms, me manifestó que estaba absorto de que tuviésemos la avilantez y atrevimiento de montar en ellos; que si el más valiente de sus *yahous* se tomara tanta libertad con el más infimo houyhnhm de sus criados, seria inmediatamente arrastrado por el suelo, pisado y estripado. Á esto le repliqué, que ordinariamente los domábamos y adiestrábamos en la edad de tres á cuatro años, y que si alguno resultaba indócil, rebelde y falso, le aplicábamos á tirar de los carros y á labrar las tierras á fuerza de golpes. Que los machos destinados para la silla ó tiro de un coche eran por lo regular castrados, á fin de hacerlos más quie-

tos y obedientes. Que eran sensibles á los halagos como al castigo, y que sin embargo carecian de razon, al modo de los *yahous* de su país.

Me costó sumo trabajo hacerle comprender todo lo dicho, teniendo que valerme de circunloquios para esprimir sus ideas, á causa de la pobreza de su lengua tan escasa de términos como ellos de pasiones, pues no tienen duda que lo que forma la riqueza y amenidad de un idioma es la multiplicacion y subdivision de las pasiones.

La impresion que mi discurso hizo en su ánimo y la noble ira de que se vió arrebatado, especialmente cuando le declaré la costumbre de castrarlos para hacerlos más dóciles y evitar que procreasen, son superiores á toda exageracion. El convenia en que, si habia un país donde los *yahous* fuesen los únicos animales racionales, era muy justo que dominasen y se sometiesen á sus leyes todos los demás, supuesto que la razon debe mandar á la fuerza; pero añadía que, bien considerada mi configuracion, era muy contrahecho para poder ser racional, ó si quiera poder servirme de la razon en la mayor parte de cosas de la vida. Enseguida me preguntó si todos los *yahous* de mi país eran seme-

jantes á mí. Le respondí que á corta diferencia todos teníamos la misma figura, y que yo pasaba por uno de los más perfectos: que los jóvenes y las hembras tenían la piel más fina y delicada, y que estas eran por lo comun blancas como la leche. Ya me confesó que era cierto habia alguna diferencia de los *yahous* de su trascorral á mí, pero que en cuanto á las ventajas sólidas, juzgaba que me excedían en muchas; que mis cuatro piés estaban desnudos, pues el poco pelo que tenían, no era bastante para preservarme del frio; que los delanteros no eran verdaderos piés, respecto de que no me servia de ellos para andar por su debilidad y delicadeza, y que aquella cosa con que los cubria á veces no era tampoco tan dura y fuerte como la cubierta de los traseros; y en suma, que no marchaba con seguridad, porque en deslizándose cualquiera de ellos, era preciso que diese en el suelo. Por este estilo fué censurando toda mi figura: la plitud de mi cara, la preeminencia de la nariz, la direccion de mis ojos al frente, de modo que no podía mirar á los costados sin volver la cara, la imposibilidad de comer sin el auxilio de los piés delanteros, y que sin duda para suplir el defecto, me habia puesto la Naturaleza en ellos tantas coyunturitas. Que no concebía para qué pu-

diesen servirme todos aquellos miembrecitos separados al extremo de los piés traseros, demasiado débiles para resistir á las piedras y al monte, por cuya razon tenia que cubrirlos con piel de alguna otra bestia. Que mi cuerpo, sin pelo, estaba expuesto á la intempérie y me veia precisado á cubrirle del ageno diariamente, esto es, á vestirme y desnudarme, que, á su entender, era lo más fastidioso y cansado que podia imaginarse. Y por último, que tenia observado un natural horror en todos los animales de su país á los *yahous*, tanto que huían de ellos; y dado caso que en el nuestro hubiésemos recibido de la Naturaleza esta prerogativa de la razon, no sabia cómo pudiésemos curar con toda ella una antipatía semejante ni exigir servicio alguno.

Pero no quiero llevar más adelante este punto, añadió; os perdono cuantas respuestas pudiérais darme, y solo os ruego tengais la bondad de contarme vuestros sucesos y describirme el país donde habeis nacido.

Si el respeto y la modestia me hubiesen permitido contradecir á mi amo, era esta la ocasion de haber soltado las riendas á la presuncion humana sobre la excelencia propia y hermosura de nuestra configuracion. A buena fé

que no hubiera dejado de decir con Ovidio.

Os homini sublime dedit, etc.

Pero por no incurrir en sandeces no dije nada absolutamente, quedándome con el ánsia de hacerle ver que en estos piés delanteros, de que él hacia tan poco aprecio, consiste toda la fuerza y poder de la naturaleza humana; que estos diez miembrecitos en que terminan, bastan para sujetar á todos los animales y poner en ejecucion quanto la imaginacion ofrece, y que, conducidos con un poco de inteligencia, son el terror del mundo entero. Hubiera fabricado fácilmente unas espuelas de hueso y una brida de piel de vaca, y habiendo montado en cualquier houyhnhnm, le hubiera demostrado lo que es un *yahou* que posee un poco de razon y conoce el uso de sus dedos.

¡Cómo me habia de proparar á tal exceso! No respondí otra cosa sino que estaba pronto á satisfacer á todos los particulares que interesaban su curiosidad, aunque dudaba mucho poder conseguirlo en unas materias de que su honor no podia tener la menor idea, por no haber en aquel país semejanza siquiera; que sin embargo procuraria cumplir por mi parte valiéndome de parábolas y metáforas suplicándole primero me

disculpase si acaso no me servia de los términos propios.

Dije, pues, que habia nacido de padres honrados en una isla que se llamaba Inglaterra, tan distantes como que el más robusto houyhnhms apenas podia hacer este viaje en toda la carrera anual del sol; que habia ejercido en mis principios la cirujía, esto es, el arte de curarlas heridas; que mi país estaba gobernado por una hembra que llamamos la reina. Que yo le habia abandonado por mirar ó adquirir riquezas, para proporcionar á mi regreso mayores comodidades á mi familia, habiendo logrado en el último de mis viajes el título de capitán de navio, llevando á mis órdenes más de cincuenta *yahous*, cuya mayor parte habia parecido en el camino y me habia sido forzoso reemplazar con otros de diversas naciones; que nuestro navio habia estado dos veces en peligro de naufragar, la primera por una violenta tempestad y la segunda por haber chocado contra una roca.

Aquí me interrumpió para preguntarme cómo habia podido enganchar extranjeros de distintos climas, viendo los riesgos y pérdida que habia sufrido. Le respondí que todos eran gentes infelices, sin casa ni hogar, que habian dejado su patria, ó por el mal estado de sus negocios ó por de-

litos que habian cometido; unos consumidos en procesos y despojados por la ley, otros por el juego y sus desenfrenos, y casi todos traidores, asesinos, ladrones, falsarios, sobornadores y desertores escapados de prision, que no se atrevian á volver á su patria por temor de ser ahorcados, ó cuando menos de verse cubiertos de miseria en un calabozo.

Mientras le hacian esta relacion volvió á interrumpirme varias veces con sus objeciones, teniendo que valerme de circunloquios y otros arbitrios para surtirle alguna idea de los crímenes que habian obligado á aquellos hombres á dejar su domicilio, y con todo eso no podia concebir qué fin los arrastraba á cometerlos. Fué preciso darle á conocer en algun modo lo que era nuestro insaciable deseo de engrandecernos y adquirir riquezas; de los funestos efectos, del lujo de la intemperancia, de la malicia y de la envidia. Pero no pude conseguir nada por más ejemplos é hipótesis de que usaba; cada vez más negado á comprender que estos crímenes existan realmente, estaba con los ojos bajos sin poder explicar su sorpresa ó indignacion, como una persona que siente su imaginacion herida de una cosa que no ha visto ni oído jamás.

No hay en la lengua de los houyhnhnms

modo de esprimir estas ideas de Poder, Gobierno, Guerra, Ley, Castigo, ni otras semejantes, sinó valiéndose de dilatadas perífrases, y así me viapurado para hacer á mi amo la pintura de la Europa y particularmente de la Inglaterra, mi patria.

CAPITULO IV.

El autor expone á su amo los motivos que tal vez suelen encender la guerra entre las naciones de Europa, y en seguida le explica cómo se la hacen los particulares unos á otros. Pintura de los procuradores y jueces de Inglaterra.

El lector observará, si quiere, que lo que voy á exponer en el extracto de varias conversaciones que tuve con mi amo el houyhnhm, en los dos años que residí en aquel país. Su honor me proponia cuestiones diferentes y á proporcion de los conocimientos que iba adquiriendo en el uso de su idioma, me exigia la satisfaccion más ó menos prolija. Yo le manifesté como pude el estado de toda la Europa; discurrí sobre las ciencias, artes, manufacturas y comercio; de suerte que de una série de preguntas y respuestas sacamos asunto para una conversacion interminable. Me limitaré aquí á lo sustancial